



Siempre he creído que la principal razón de ser de un producto fílmico es que conmueva, que aquello que nos muestra ilumine esa zona íntima y personal que nos hace reflexionar, antes, durante o después de la emoción. *Crónica de una infamia* (1982), además de considerarla como la mejor obra creada bajo la

dirección de Miguel Torres (La Habana, 1941-2017), tiene el relevante mérito de activar ambos resortes.

Está estructurado mediante una cronología que va desde el bochornoso suceso reflejado por la prensa ante el hecho infame de la profanación cometida por un pequeño grupo de ebrios *marines* norteamericanos —pertenecientes a una flota que en 1949 visitaba al país—, que trepan por el monumento de la figura insigne de José Martí, apóstol de la independencia cubana, nada menos que en el Parque Central de La Habana, y llegan a derramar orina en la cabeza misma de la estatua —en lo que hay que agradecer para la historia la oportuna presencia de un fotorreportero—, hasta testimonios sobre la rebelde protesta popular liderada por estudiantes universitarios, como respuesta a las tibias medidas dictadas por las autoridades correspondientes.

Obra testimonial notoria por la creativa artificiosidad con que fue elaborada a partir de una reconstrucción filmada que, con los atributos típicos de un noticiero de la época referida, nos permite apreciar un producto que

se convierte en un reportaje documental de merecidos reconocimientos, concebido por medio del blanco y negro, la *conducción* de un narrador en *off* y la utilización de imágenes muy bien empastadas en notable edición (Gladys Cambre), asumidas con la ingeniosidad de una fotografía (Guillermo Centeno) sugerente y calculada en todos los detalles.

Pero no han faltado quienes estiman exagerada la subliminalidad que alcanza este documental, al considerar que generaliza la actitud de los protagonistas del agravio cuando en realidad, señalan, que se trató de un hecho solitario y ocasional, sin premeditación. Casi todo punto de vista es respetable, sin embargo basta imaginar el tamaño de la afrenta a cualquiera de los símbolos patrios de una nación, para calcular la conmoción y el resultado de la recriminación; y de eso tratan los 16 min de su metraje.

En el panorama del documental cubano tenemos producciones con puestas en escena que constituyen notables ejemplos, pero es innegable que *Crónica de una infamia* alcanza relevancia propia por el resultado del trabajo artístico que se propusieron sus realizadores, donde destaca el eficiente montaje logrado entre planos reconstruidos y las estáticas fotografías de archivo.

Y es en ese aspecto donde radica la trascendencia de la dirección de Miguel Torres, quien para esa fecha ya había trabajado en más de veinte documentales, así como en reportajes especiales y decenas de emisiones del *Noticiero ICAIC Latinoamericano*. Porque no hay dudas de que en el planteamiento estético de la diégesis testimonial logró aportar a nuestra historia audiovisual un ejemplo de búsqueda, talento y laboriosidad que bien le valen el lugar alcanzado.

LINO VERDECIA CALUNGA